

Un ritual de sacrificio: la corrida de toros española*

JULIAN PITT-RIVERS

Una característica esencial de la vida tradicional española es el culto por el toro; éste ha tomado en el pasado, y continúa tomando hoy en día, una variedad de formas, entre las cuales la corrida de toros es por mucho la mejor conocida, la más costosa y un elemento recurrente de la mayoría de las publicaciones (tres periódicos nacionales y una o dos páginas en prácticamente todos los periódicos nacionales y regionales durante la temporada de corridas de toros, además de bibliografía en español y en francés de cientos y miles de libros dan cuenta de ello). Su presencia también se manifiesta en todas las fiestas populares a lo largo de la Península Ibérica, con excepción de la mayor parte de Galicia y la mitad del norte de Portugal (las cuales son un poco similares a este respecto). En sus dos formas, la corrida y las fiestas taurinas populares, el culto del toro es hoy en día un elemento de la cultura de tres regiones del sur de Francia (o Francia meridional): el extremo sudoeste (desde Tolosa y Las Landas hasta la frontera española), de Provenza (tan al este como Frejus) y de Auvernia.¹ Esto ha sido así desde la Edad Media y actualmente ha ido ganando popularidad en Francia: *peñas* (clubes de corridas de toros) han sido fundadas en estas áreas y a lo largo de los últimos 25 años han aparecido nuevas formas de fiesta popular que implican a los toros, entre las que destacan, notablemente, el "*Toro-piscina*", la cual consiste en que la brigada de bomberos local fabrique una piscina artificial en el lugar en el que el toro habrá de combatir y en el cual deberá ser seducido para caer.

En esta conexión, cabe recordar que bajo el Segundo Imperio fueron construidas, a todo lo largo de Francia, diversas plazas de toros (dos en París y otra tan al norte como Dunkerque), en adulación a la emperatriz Eugenia, quien era de origen español (andaluza).

La corrida fue bautizada por un escritor de los primeros años del siglo (Conde de las Navas) como "la más nacional de las fiestas españolas" y el patriotismo español estuvo relacionado con ella durante esa época casi tan estrechamente como con la fe católica, aunque había entonces, y continúa habiendo por lo menos desde el siglo XVI, una minoría de españoles educados que desaprueban las corridas y se rehusan a asistir a ellas.²

Durante esa época fueron construidas la mayoría de las plazas de toros, algunas de ellas con una arquitectura pseudo-morisca, de acuerdo con la teoría absolutamente errónea de que la corrida de toros era de "origen morisco". Las plazas de toros fueron edificadas aún en Galicia con motivo de los visitantes de verano y de los funcionarios del Estado; sin embargo, la mayoría se han convertido en ruinas o bien han sido adaptadas, por lo menos parcialmente, para otros usos. La corrida es frecuentemente desacreditada por algunos intelectuales catalanes por considerarla una imposición castellana (aunque otros intelectuales catalanes sostienen que es de origen catalán y que fue imitada por los castellanos).³ De hecho, las fiestas de toros se celebran tradicionalmente en un gran número de pueblos catalanes. En muchos de ellos se practica una variedad de "encierro", llamado el *corre bou*.

La corrida de toros, también llamada *lidia* (pelea), no es realmente una lucha como tal: el toro no puede ganar, aún si mata o lastima al matador. En este caso,

* "The Spanish bull-fight and kindred activities", en *Anthropology Today*, vol. 9, núm. 4, agosto de 1993, pp. 11-15. Traducción: Paola García Souza.

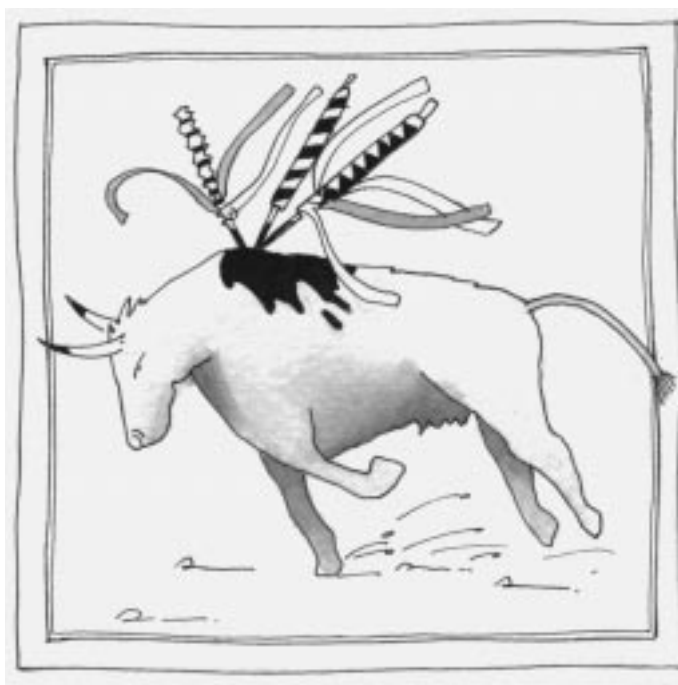
uno de los otros matadores (usualmente son tres) deberá remplazarlo y completar el rito. Y si el toro no puede ser ejecutado por el torero, será eliminado por el carnicero esa misma tarde. Sólo puede sobrevivir si el público solicita al juez de plaza (cuya función principal es la de intérprete del público) que el toro sea “perdonado” a causa de su excepcional valor y “nobleza”, es decir, porque éste ha logrado a la perfección dar cuerpo a los valores que el culto del toro intenta fomentar.

La corrida de toros, en resumen, no es una pelea (a pesar de que es un tipo de prueba de valor); no es de ninguna manera un deporte competitivo (ya que no hay competencia); no es un juego (a pesar de que el *course à la cocarde* en Provenza podría considerarse así, como también la *capea* en España o algunas de las fiestas de toros portuguesas, las cuales se encuentran representadas en los famosos mosaicos de Knossos que datan del 1600 a.C.). No se trata de un espectáculo, ni de una exhibición teatral (aunque es espectacular, puede resultar mucho más dramática), porque no es una representación de la realidad, sino que es una realidad en sí misma: aquellos que mueren en el ruedo no pueden regresar cinco minutos después, sonriendo, para salir a la última llamada. Están realmente muertos, como el toro que es sacado del ruedo por las mulas y destazado en el mismo sitio. Para honrar al torero que ha destacado en su hazaña, la costumbre de la corrida consiste en entregarle una o dos orejas del animal como trofeo, o bien, ligeramente de menor honor, concederle una vuelta al ruedo para recibir el aplauso del público. El toro puede ser honrado del mismo modo.

Es éste un sacrificio ritual y es una parte del catolicismo popular español, como lo es el culto al toro en general. El profesor Romero de Solís ha examinado en detalle el aspecto religioso de la corrida de toros en su libro sobre la corrida en Sevilla (Romero de Solís *et al.*, 1985). Me gustaría señalar que casi la mitad de los toros inmolados en las corridas de España son sacrificados en honor de la Virgen María, como parte de la celebración de una fiesta religiosa: el calendario de las

corridas es el calendario religioso. Todas las fiestas religiosas mayores de España se celebran de esta manera. La temporada de corridas en España inicia tradicionalmente con la fiesta de San José en Valencia y termina con la Virgen del Pilar en Zaragoza. En Andalucía comienza con la corrida del Domingo de Resurrección, en Sevilla, para cerrar con San Miguel el término del ciclo agrícola, también en Sevilla. Excepto en Galicia, cada comunidad local (*pueblo*) celebra a su santo patrón con una corrida, a menos que el municipio esté en quiebra, y si éste no puede asumir una apropiada corrida de toros, probablemente arrendarán algunas vaquillas para una capea. Cada barrio de

Soria tiene su propio santo patrón —y por lo tanto su propia corrida—, y cada identidad social diferenciada se expresa en algún tipo de celebración taurina. En el pequeño pueblo de Nules (Castellón), la mayoría de las calles principales reciben el nombre de un santo y tienen su imagen al interior de un altar colocado en alguna parte de la pared. Los habitantes de la calle celebran el día del santo juntándose para comprar un toro joven de calidad media o, en su defecto, para rentar una vaca pequeña como sustituto durante la capea.



La corrida de toros siempre se celebra después, nunca antes de la misa, por la tarde. (En el siglo XIX en Madrid ésta se realizaba en lunes). Después de la purificación del sacrificio del cordero, el del toro restablece la gracia de la moral en la vida cotidiana, librando al fiel de un excedente de santidad, una muy literal dependencia de las bienaventuranzas, las cuales restituyen la conducta práctica de las cuestiones diarias un tanto difíciles, como si todos tuvieran que ser pobres de espíritu y humildes y dar la otra mejilla cuando son golpeados. De otra manera, no habría ejercicio de la autoridad o defensa de los propios derechos, los débiles los ejercerían a su manera y la estructura social se colapsaría. De ahí que, después del sacrificio de la misa —la cual debe entenderse como la “fiesta mansa” (la fiesta dócil) que celebra el ideal de conducta cristiana—, siga la “fiesta brava”, como también se le llama a la corrida,

a fin de restablecer el orden terrenal: un contra-rito al primero, dedicado a la Virgen María, a Corpus Christi, a alguna otra fiesta de la Iglesia o al santo patrón de la comunidad. Sin embargo, si la lección de la fiesta brava es un contrapeso de la misa y recuerda, aunque casi de manera inconsciente, al sacrificio del toro en el mitracismo —la religión de los legionarios romanos y rival del cristianismo hasta que fue suprimida después de que el emperador Constantino declaró al imperio oficialmente cristiano—, éste no es en ningún sentido un intento de anular el mensaje purificador de la misa, sino más bien de complementarlo e integrarlo en la esfera práctica de la vida diaria. La alianza simbólica entre la Virgen María y la corrida de toros ha sido previamente tratada por antropólogos españoles. Los españoles no encuentran ninguna anomalía en celebrar las diferentes fiestas de la Virgen con una corrida, la cual es, entre muchos otros significados simbólicos, un rito de fertilidad. Además de la exégesis proporcionada por los participantes del rito, los rituales tienen muchos otros sentidos simbólicos, los cuales resultan evidentes sólo para el extranjero. Desde que los símbolos son “polisémicos” —es decir, que pueden tener diferentes significados simultáneos (como es ahora reconocido por los antropólogos)—, cada hombre es libre de encontrar en el rito que realiza el sentido de su elección. La remarcable persistencia de los ritos a lo largo de periodos de transformación social es producto de esta libertad: la representación permanece idéntica, aunque el significado puede ser adaptado a las necesidades de la situación y del momento.

La corrida de toros es, entre muchas otras cosas, un ritual que asegura la estabilidad de la sociedad y reafirma que los hombres son hombres y que el orden social se ha mantenido. Por esta razón ha sido definida como “la reivindicación ritual de la virilidad”, en el sentido de supremacía sexual. Un divertido capítulo de las memorias de Juan Belmonte está titulado *¿Porqué las mujeres se enamoran de los toreros?* Realmente, muchos escritores y, aún más convincentemente, pintores (Picasso, André Masson y otros) han enfatizado el simbolismo erótico de la corrida de toros, y en el sentido del horror masculino los antiguos carteles (anuncios de la corrida) frecuentemente anunciaban un protagonista como *el pundonoroso diestro Fulano de Tal*, en el sentido del coraje tenaz, renuente a aceptar la derrota. Por esta razón, el matador herido se afianza en sus pies, restablece su espada y mata a su toro de acuerdo al rito, antes de ser llevado a la enfermería.

Ésta no es la única escena dramática que puede ser presenciada en el ruedo: la muerte del toro es, generalmente, horrible y trágica, así como dramática. Si el

matador falla en su deber ritual, evadiendo “el momento de la verdad” (es decir, el que requiere del mayor coraje), cargándose hacia un costado en vez de ir sobre los cuernos, se le dice que ha “asesinado”, y no que ha matado (en el sentido de inmolar) al toro. Si da una estocada sin matar, si atraviesa el pulmón del toro y la pobre bestia se tambalea alrededor del ruedo, arrojando sangre de su boca antes de recibir “el golpe de gracia”, una daga en las vértebras detrás de los cuernos resulta igualmente trágica, tan trágica como la muerte de Hamlet. Ya se trate de Joselito, Manolete o, recientemente, de Paquirri⁴ o Yiyo, la muerte de cada toro es una tragedia en sí misma. Aun en una buena corrida, la muerte del toro es trágica. Este hermoso animal existe, ha sido creado sólo para ser sacrificado. La corrida de toros representa entonces una filosofía particular de la muerte,⁵ la cual es uno de los elementos fundamentales de la cultura española. Una de las condiciones esenciales de esta filosofía es que el toro debe ser respetado. Si no fuese respetado, el rito podría resultar completamente ineficaz, o bien, en cierta proporción, insustancial. Si el Cordero del Señor no fuese la personificación de los valores del cristianismo, entonces ¿cuál sería el objeto de su sacrificio? El toro que ha demostrado su habilidad para personificar los valores por los cuales ha sido creado —agresión, coraje, fortaleza, empuje, nobleza, el ideal de las virtudes masculinas— es, por lo tanto, tratado con gran respeto: los señores se ponen de pie para honrarlo cuando es arrastrado alrededor del ruedo para recibir los aplausos.

Existe entonces una clara diferencia entre la brutalidad de algunos cretinos frustrados, quienes desahogan sus frustraciones golpeando algunos miserables bovinos en el trasero con una vara durante una capea de pueblo (práctica que ha sido prohibida por la mayoría de los municipios —¡los clubes no están permitidos!—), y el respeto que se muestra al toro durante la corrida. Pero ya que ésta es también un rito de fertilidad, el toro representa la infatigable capacidad de copulación que se le atribuye a los animales (nuestra naturaleza animal se opone a nuestra naturaleza espiritual: a mayor cercanía con Dios, mayor distancia con las bestias y viceversa), lo cual explica porqué los votos de celibato son tomados por personas de status sagrado y también porqué la noción de lascivo se expresa en los lenguajes europeos por el idioma de los animales. El toro combina, como símbolo, dos aspectos: las virtudes morales masculinas, pero también la virtud animal necesaria para asegurar la fertilidad, esencial para un rito de esta índole. Es ésta una combinación de virtudes humanas morales y de capacidad física animal, ambas situadas bajo el amparo de

la Virgen, Cristo o los santos, lo que da a la corrida su profundo significado.

La historia del culto del toro deja clara su conexión con la religión, el cual no ha llegado a su fin con la decadencia de la política eclesiástica ni con su poder social, pues la Iglesia española se ha desarrollado más bien al margen del culto al toro en vez de apoyarlo y Roma ha sido generalmente hostil a la corrida, excepto cuando el Papa ha sido español (los Papas Borgia, quienes eran aragoneses, introdujeron la corrida de toros en Roma, pero la costumbre no les sobrevivió). El único aliado constante de la corrida ha sido el pueblo español, que no puede concebir celebrar algo sin sacrificar bovinos; no más que los musulmanes (o judíos) pueden hacerlo sin el sacrificio de ovinos.

Además de los pretextos religiosos para sacrificar toros, las corridas de la realeza estaban dedicadas a celebrar bodas, el cumpleaños de un heredero, en agradecimiento por una victoria, el arribo de una realeza visitante. En 1366, el rey de Granada ofreció una corrida para celebrar la circuncisión de su hijo. Los municipios otorgaban también una corrida en aquellas ocasiones que requerían ser celebradas, e individuos particulares las ofrecían para festejar casamientos, y en ocasiones sufragaban en su testamento las sumas necesarias no sólo para celebrar las misas que serían oficiadas por su alma, sino para ofrecer una corrida que conmemorara (presumiblemente) su entrada al paraíso. Aunque ellos debían estar espiritualmente seguros de sí mismos, acaso se trataba de un acto de piedad que podría asegurar su acceso al paraíso.

El "toro nupcial" era sacrificado en la Edad Media con motivo de una boda y se esperaba que el novio pusiera las banderillas, bordadas manualmente por su novia, en el morrillo del toro, empleando como capa de lidia un pedazo de su vestimenta. Esta costumbre, declarada como extinta por los folkloristas de principios de siglo, ha resurgido en forma moderna en las últimas décadas. En las posadas, donde se celebran fiestas de casamientos, han comenzado a construir pequeños ruedos, de tal manera que el novio pueda mostrar su masculinidad frente a algunas vaquillas durante la fiesta de soltero que se celebra con anterioridad a la boda o bien en el momento de la cena en la misma boda. (Ejemplos similares pueden encontrarse justo en las afueras de San Agustín al norte de Madrid, en Chinchón al sur de Madrid o en el extremo oriente de Cáceres).

Uno puede también encontrar ruedos cuadrados que datan de un periodo anterior al de su construcción circular en el siglo XVIII (Romero de Solís, 1992), vecinos a las capillas de la Virgen para la cual se hacían peregrinaciones (por ejemplo, la Capilla de la Virgen de

la Gracia, a 10 km al norte de Cáceres, o la de la Virgen de Virtudes en Santa Cruz de Tudela en La Mancha).

La iglesia y la corrida estuvieron asociadas económicamente en muchos aspectos: muchos ruedos fueron, y en ciertos casos siguen siendo, construidos y/o pertenecientes a una organización religiosa (el de Toro, por ejemplo, cercano al Hospital en 1834; el de la Maestranza, una hermandad aristocrática de origen militar-religioso, dedicada al trabajo de caridad, en Sevilla; el de Pamplona, por la Casa de la Misericordia, un convento dedicado a la pobreza, etcétera). La organización de la fiesta era una fuente de ingresos y la carne del toro constituía para los residentes probablemente la única carne que comían en todo el año.

En numerosas fiestas populares, la carne del toro alimenta a los miembros de la comunidad, algunas veces como alimento de una fiesta colectiva o, en otras, como una distribución que se lleva a casa a cocinar (Medinaceli, Soria). Hay un restaurante en Madrid, y uno en Barcelona también, que se especializa en servir la carne del toro de lidia cuyo nombre, peso, nombre del sacrificante y corrida en la que fue sacrificado son proporcionados a los aficionados que están entre los clientes. Carne de toro para los ricos.

Los paisanos andaluces, entre los que yo viví durante varios años hace mucho tiempo,⁶ distinguen a los humanos de los animales con un criterio completamente diferente al del público británico: los humanos reciben el nombre de un santo, al que celebran en su día, junto con todos aquellos que tienen el mismo nombre cristiano, y quienes resultan entonces sus *tocayos* (homónimos), un lazo de pequeña importancia en el que no se involucran otros deberes ni privilegios más que el de beber juntos en ese día. Pero a un animal doméstico no puede dársele el nombre de un santo, porque no puede ser cristiano, puesto que no tiene alma. Un amigo mío, quien venía de la vieja estirpe anarquista, nombró a su hija "Diana", dando lugar a un escándalo general, ya que la gente reconoce el apelativo como un nombre para perros, no para un ser humano. La dificultad se hizo mayor al añadir el diminutivo. Así, "Dianita" se abrevió en "Anita", como se le nombra a toda niña pequeña llamada "Ana". La humanidad entera fue llamada "cristiandad". Por esta razón, en las costumbres que competen al bautismo, la madrina reúne a los niños de la casa materna (la madre no atiende la ceremonia de la iglesia) y los regresa después diciendo: "Tú me lo diste moro y te lo devuelvo cristiano". Tal distinción no depende de la religiosidad del hablante (y muchos de mis vecinos eran sumamente antirreligiosos), sino que es parte de su cultura: animales y humanos no son la misma cosa y no pueden ser confundidos. De esta manera, sin ser

ellos crueles con los animales, no veían nada moral en su comportamiento con respecto a ellos, a diferencia de la forma en que se sentían refiriéndose a los humanos con los que estaban moralmente comprometidos. Cuando, por otro lado, tuvieron noticias en los periódicos sobre boxeo, se escandalizaron. ¿Cómo puede la gente civilizada divertirse con tan repugnante espectáculo de dos hombres golpeándose entre sí y sin lanzarse a detenerlos? Y cuando supieron que tales espectáculos eran ofrecidos al público por dinero en Madrid, quedaron completamente horrorizados. Las grandes ciudades eran centros de vicio, según creían, y tal comportamiento bárbaro sólo podía atribuirse a la influencia externa. En resumen, los andaluces consideraban al boxeo en términos muy similares a la forma en que el público británico concibe la corrida de toros.

Cuando se trata de un sitio de poca importancia, tanto las fiestas taurinas locales como la celebración del santo patrón del lugar llaman la atención del público de manera diferente que en la corrida. No atraen ni al turismo internacional ni al nacional: no alcanzan los encabezados en los periódicos y deben contentarse con una pequeña mención en los periódicos locales, a menos de que nombren entre “los hijos del pueblo” a un eminente matador que regresa a pelear a su pueblo natal sin patriotismo local. Son poco anunciadas y es difícil saber cuándo se llevan a cabo, ya que la fecha puede cambiarse dos días antes en una junta del consejo municipal. El público consiste en miembros de la comunidad que acuden a otros espectáculos ofrecidos por el pueblo: el toro de las jóvenes madres, el de los niños, un becerro de 18 meses poseído de una furia salvaje que no se encuentra en machos más maduros, la ternera de las niñas. Las capeas, donde las jóvenes espadas se muestran, los Gigantes y Cabezudos, el toro del vino donde se coloca un barril de vino a la mitad de la plaza y se abre para que la gente se sirva, al mismo tiempo que se suelta el toro en la arena. Aquellos que se vuelcan en la hospitalidad de la fiesta son los que se dejan coger por el toro.



El público de pueblos vecinos viene a criticar y a aseverar que esta fiesta no es tan buena como la propia: las chicas no son tan bellas, los muchachos no son tan valientes ni tan bien portados, y así continúan. La fiesta del santo patrón es la ocasión para expresar su identidad colectiva, y esto se logra, por encima de todo, a través de la oposición al pueblo vecino. En España, la comunidad local tiene una fuerza desconocida en Inglaterra. Por esta razón, mientras vienen pocos visitantes de cualquier distancia para las celebraciones locales, muchos “hijos del pueblo” que han emigrado regresan a celebrar la fiesta del santo patrón, así como a reafirmar su identidad; para los

españoles, su naturaleza se debe al lugar de nacimiento. Si se va a vivir a otra parte es casi seguro que recibirá como apodo su lugar de nacimiento (y a nadie se le conoce de otro modo en un pequeño pueblo español). Más aún, su naturaleza se registra en el censo municipal del lugar donde reside. Es una parte esencial de su identidad.

El culto al toro no ha desapareciendo hoy en día ni en la cultura popular española ni en la corrida de la cultura nacional (a pesar del costo enorme de los asientos, que se compara con los de la ópera en otros países,

mientras que el asistir a una fiesta local no cuesta, y a pesar de las profecías de su desaparición en un futuro cercano que se han sostenido por los últimos 500 años). Es inherente a la mentalidad española.

Hace unos años, un diputado británico de la Eurocomunidad (quien bien puede permanecer sin nombre ya que no fue reelecto) propuso una moción al Parlamento de Estrasburgo con el fin de solicitar al gobierno español la prohibición de las corridas en España, bajo amenaza de ver a su país expulsado de la Comunidad Europea. Aparentemente no sabía que Francia también celebraba la corrida en idéntica forma y bajo las mismas reglas, lo cual hubiera hecho necesario un mismo reclamo al gobierno francés si Francia no quería ser expulsada también de Europa.

El incidente tuvo poca importancia en sí mismo, pero hay una lección que se puede sacar: la unidad

moral de Europa, tan esencial para su unidad política, depende no de tratar de homogeneizar sus previsiones legales y obligar a los diferentes pueblos de Europa a compartir los mismos valores y convertirse en culturalmente uniformes, sino en respetar sus diferencias culturales y su derecho a ser diferentes. Como todo antropólogo sabe o debe saber, la variedad cultural es la única defensa contra la anomia y la pérdida de identidad que la homogeneización económica ha pensado de manera muy equivocada. Europa deberá ser policultural o fracasará.

Apéndice

A la vuelta del siglo inició una moda de matadoras mujeres, en la misma época en que espectáculos circenses llegaron al ruedo bajo la forma de combates entre un toro de lidia y un tigre (que corría aterrizado), o bien bajo la forma de poner las banderillas desde el asiento trasero de una motocicleta. Pero el machismo español ganó y se les prohibió a las mujeres torear. En este punto, Teresa Bolsi, quien había toreado hasta entonces con crinolina, declaró que era travesti y continuó toreando en traje masculino. Aún cuando la idea de matadoras ofende a ciertas sensibilidades falocráticas, he argüido que no es tan anómalo como parece a primera vista. Como muestra mi análisis simbólico (ver "Sacrifice du Toreau", *Le Temps de la Reflexion* IV, 1983), el matador simboliza un papel femenino en el primer *tercio* (acto), mientras que el tercer acto (*tercio de la muerte*) desarrolla una personificación super-masculina, asumiendo los valores fálicos del toro que él transfiere al público. El ritual en el que esto se realiza incluye la distribución de las orejas del toro, que el torero ha obtenido como trofeo, tirándolas hacia las tribunas. Debe observarse que los sexos pueden ser o bien mutuamente excluyentes, como en la vida diaria (a mayor feminidad menor masculinidad y viceversa) o pueden ser acumulativos, como en un contexto religioso —los dioses del hinduismo o de la antigua Grecia son los más poderosos por ser bisexuales—. De ahí que Juana de Arco o Agustina de Aragón pudieran guiar hombres débiles en la refriega, precisamente porque eran físicamente mujeres. De ahí que la matadora, que no es un travesti en el primer acto, sino una mujer real, represente la gesta masculina de Juana de Arco cuando entra a la "estocada". El matador simboliza una mujer en el primer acto, en contraste de convertirse en la esencia de la masculinidad para la inmólación: la matadora se convierte el Juana de Arco para matar. Los freudianos recordarán la naturaleza andrógina de la paradoja

freudiana y, en su ensayo sobre Leonardo, "sólo una combinación de elementos masculinos y femeninos pueden dar una valiosa representación de la perfección divina".

En la historia del teatro (y la corrida pide prestados elementos del teatro), los roles masculinos han sido representados por mujeres y los femeninos por hombres en culturas y épocas diferentes. En el momento actual, una muchacha llamada Cristina Sánchez está teniendo mucho éxito en España como torera y hay muchas chicas francesas que aspiran a entrar al ruedo profesionalmente.

Notas

- ¹ La palabra cultura se usa aquí en el sentido de las ciencias sociales y no en el que tiene en los ministerios de cultura. La corrida de toros se practica en forma idéntica en Francia y en España, y en cierta forma modificada en Portugal. (Para no herir susceptibilidades de sus aliados más antiguos, los portugueses no matan al toro, pero simulan matarlo). Dos de los más eminentes rejoneadores (toreros a caballo) son hoy portugueses y hay varios que han hecho su carrera en España toreando a pie.
- ² Fray Juan de Mariana, un notable polemista y pensador de su época y confesor del rey Felipe II, arengó en contra de la corrida, pero no por las mismas razones de los críticos modernos: pensaba que deberían estar prohibidas en el territorio y que a los hombres no se les debía permitir arriesgar sus vidas sin confesión.
- ³ En cada pueblo donde la corrida tiene seguidores entusiastas, se cree que ésta es una invención original de ahí.
- ⁴ En ocasión del entierro de Paquirri en Sevilla, la multitud tomó el control de la procesión y la desvió de la ruta que se tenía planeada entre la iglesia y el cementerio, y la condujo de vuelta a la Maestranza (la plaza de Sevilla) para dar al ataúd de su héroe un último homenaje, la vuelta al ruedo. Las fotografías de los periódicos mostraban las manos de la multitud estiradas para tocar el ataúd y tener un contacto final para recibir su gracia. De manera semejante, después de la muerte del banderillero Montoliu en la plaza de Sevilla en 1992, el ataúd fue sacado de la iglesia a las 3:00 a.m. y llevado a la Maestranza para una última vuelta al ruedo, y regresado a la iglesia de donde fue recogido al día siguiente para llevarlo de vuelta a su natal Valencia, en donde una vez más se le dio una vuelta al ruedo como despedida antes de ir al cementerio. La capacidad espontánea del público español para inventar un ritual ha sido observada en muchas otras ocasiones.
- ⁵ Las bromas españolas acerca de la muerte son común-

mente reconocidas como parte de esta filosofía (véase por ejemplo la película de Berlanga *El Verdugo*). Pero las actitudes hacia la muerte varían no sólo de una cultura a otra sino de un periodo a otro. Los victorianos sentimentalizaban la muerte (tal como lo muestran los monumentos religiosos de la época), pero no soportaban mención alguna sobre sexo. Los británicos modernos no pueden parar de hablar de sexo, pero se inquietan por cualquier mención de la muerte (ver Geoffrey Gorer "Death, grief and mourning" (Muerte, pesar y duelo), y los historiadores franceses Philippe Ariès, Michel Vovelle, etcétera).

⁶ Mientras hacía el estudio para mi doctorado (Pitt-Rivers, 1971) —3a. edición por publicarse—.

Bibliografía

ROMERO DE SOLÍS

1992 *Razón y Revolución en el Origen de la Construcción de Plazas de Toros*, conferencia dictada en Granada, Centro de Estudios Etnológicos A. Ganivet, 12 de mayo.

ROMERO DE SOLÍS, GARCÍA BAQUERO
Y VÁZQUEZ PARLADE

1985 *Sevilla y la fiesta de toros*, Ayuntamiento de Sevilla.

PITT-RIVERS, JULIAN

1971 *People of the Sierra*, Universidad de Chicago Press (primera edición, 1959).